

Un mar...  
de sueños rotos

*Daniel Delisau Suárez*



Un mar...  
de sueños rotos



Título:

Un mar... de sueños rotos

Edita:

© CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, UNIVERSIDADES, CULTURA Y DEPORTES DEL GOBIERNO DE CANARIAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE ORDENACIÓN E INNOVACIÓN EDUCATIVA

Autor:

Daniel Delisau Suárez

Ilustraciones:

Guayre Alonso González  
Sheila Betancort Hernández  
Laura Estévez Piñero  
Abel Fernández González  
Javier Jacob García Pérez  
Juan Francisco González Ramos  
Fabio González Torres  
David Hernández Pérez  
Silvia María Hernández Viera  
Misael Monntedeoca Núñez  
María Rodríguez Alonso  
Min Zhu

Dirección técnica:

Ana Luisa Bello Pérez  
Carmen Muruve Pérez

Coordinación:

Programa de Educación Intercultural y Unidad de Publicaciones

Diseño:

Priverno S.L.L.

Impresión:

Producciones Gráficas

Depósito Legal:

TF-1689/2008



# Un mar... de sueños rotos

Daniel Delisau Suárez



**Gobierno de Canarias**  
Consejería de Educación,  
Universidades, Cultura y Deportes



## *Presentación*

Sin duda alguna, uno de los fenómenos más dramáticos en la historia reciente de Canarias es la llegada de personas en pateras o cayucos a nuestras costas desde el continente africano.

Un reciente estudio de la Unión Europea señala que en los últimos cinco años unas 10 000 personas, hombres y mujeres, han perdido la vida intentando alcanzar el territorio español desde África. Se calcula que de cada tres embarcaciones que se arriesgan a la mar, una naufraga. Desgraciadamente, esto convierte a la zona de los pocos kilómetros que separan el punto de partida y el punto de llegada en lo que se ha denominado el mayor cementerio de África, en la mayor fosa común que ha conocido la historia de la humanidad.

Esta situación debe traernos a la memoria un episodio de nuestra historia próxima, la diáspora de miles de canarios y canarias que, en barcos como *El Eivira* o *El Telémaco*, se adentraron en el Atlántico rumbo a América. Personas que, en una situación de irregularidad jurídica, exactamente igual a la de los africanos y africanas que ahora llegan a nuestras islas, se arriesgaron en busca de una vida mejor.

Con este libro la realidad vuelve a poner de manifiesto cómo las islas juegan, de nuevo, un papel de unión entre continentes, de puerta de salida de Europa al mundo y, a su vez, de puerta de entrada de ese mundo al viejo continente.

Daniel, queremos agradecerte que con esta excelente narración nos hagas reflexionar sobre la situación de pobreza en la que gran parte del continente vecino vive cada día, sobre cómo la necesidad de subsistir obliga a estas personas a abandonar a sus familias y su tierra en busca de una oportunidad. Especialmente en un momento en el que estas embarcaciones nos acercan cada vez más menores no acompañados, te felicitamos por el premio recibido.

Igualmente, queremos agradecer a las profesoras y al alumnado del Ciclo Formativo de Ilustración de la Escuela de Arte Fernando Estévez el buen trabajo y el empeño en ilustrar este texto; una bella forma de resaltar el sentido de esta triste historia.

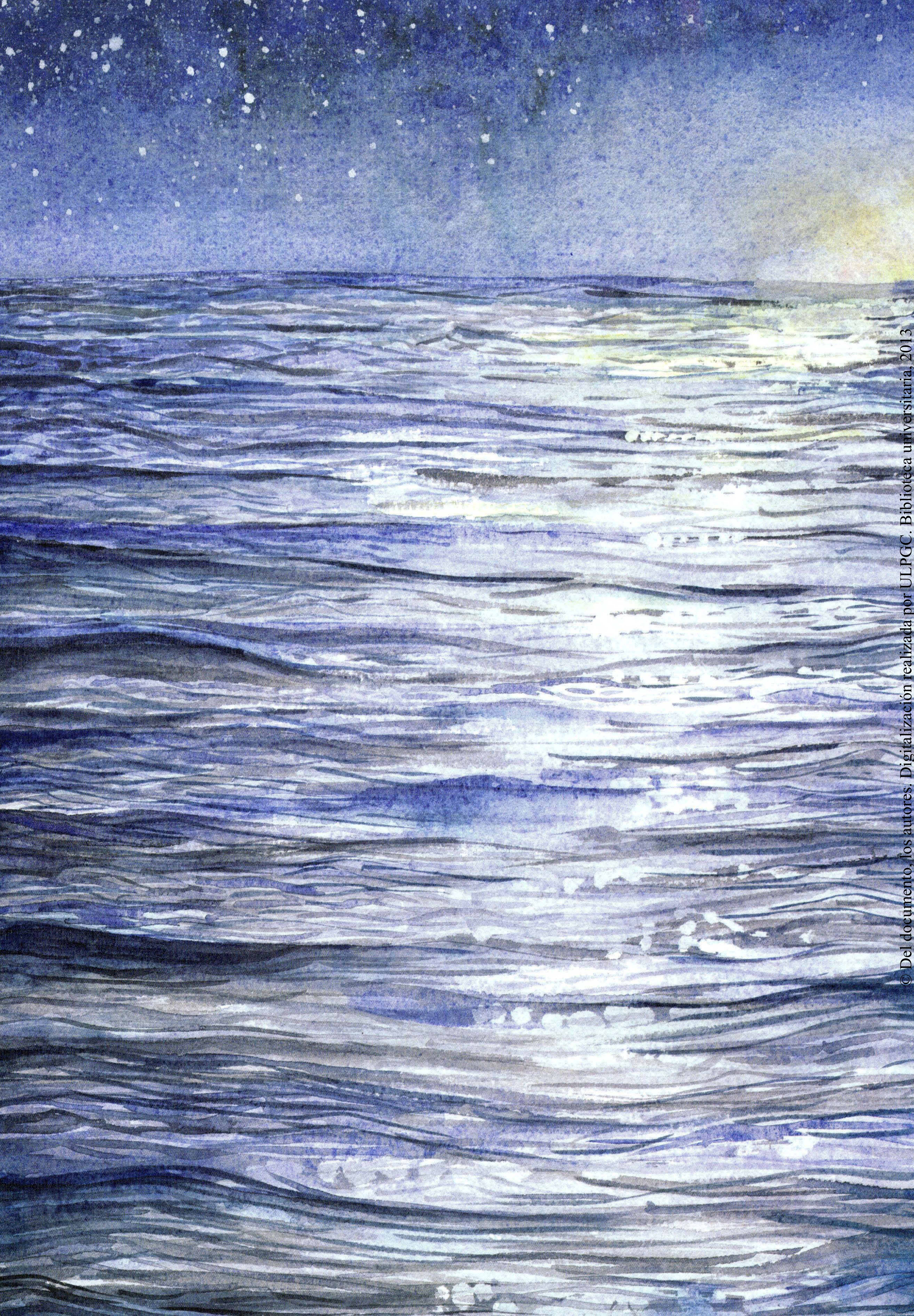
Canarias, noviembre de 2008

*Milagros Luis Brito*  
Consejera de Educación, Universidades, Cultura y Deportes  
Gobierno de Canarias



El sol ya se había puesto en el horizonte y la luz del día iba siendo sustituida por un cielo nocturno en el que ya no cabían tantas y tan brillantes estrellas.





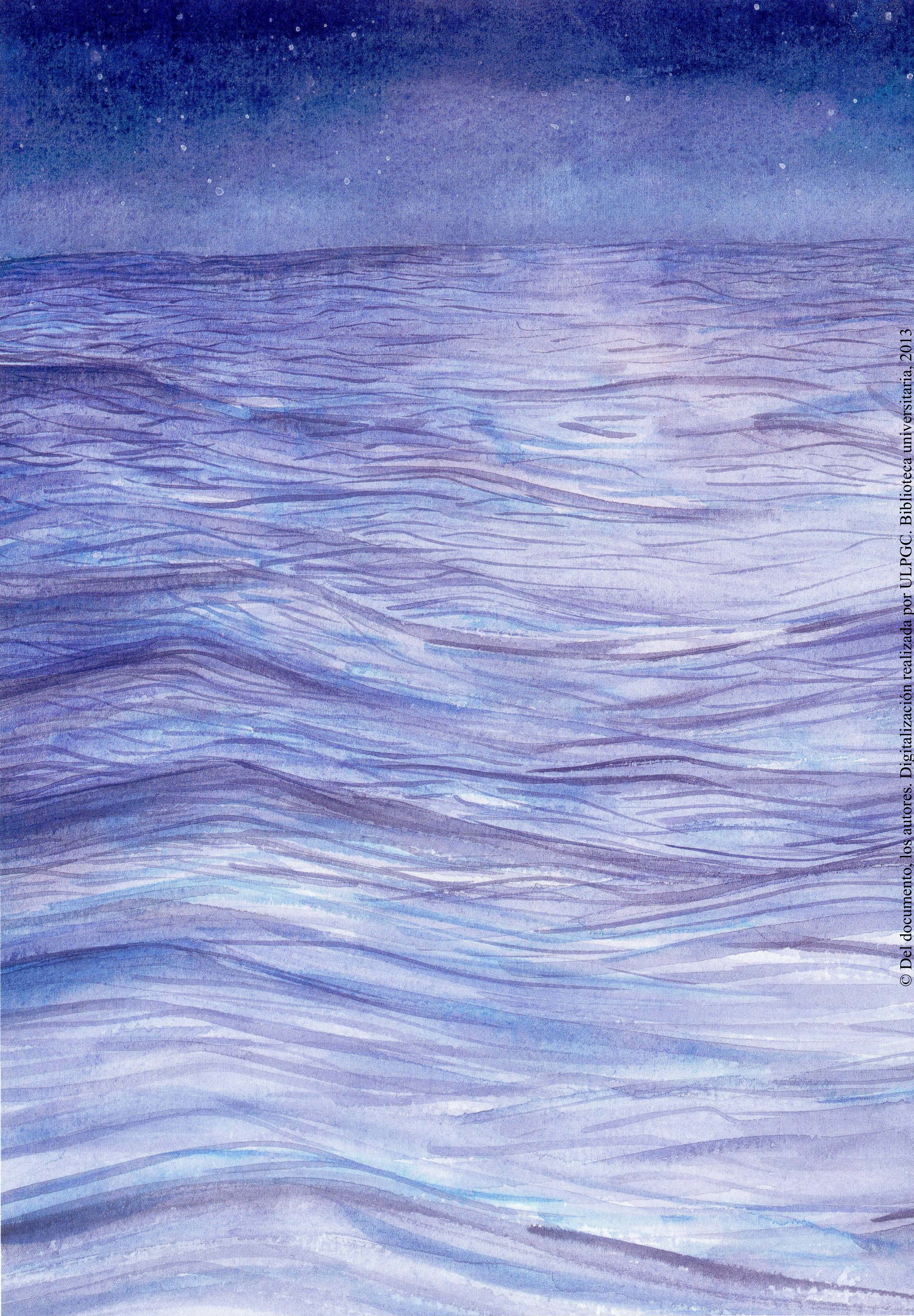


Touba Dibangui observaba ese impresionante cielo estrellado desde un infierno acuático del que no había escapatoria posible. Él y treinta y siete pasajeros más –de los que no conocía a ninguno– llevaban perdidos en medio del océano Atlántico alrededor de una semana, o al menos eso creían.















Con la noche llegó el frío de la brisa marina y todos se preparaban para resistir otra vez las inclemencias del tiempo con poco abrigo y, desde hacía tres días, sin comida.

La barca de pesca en la que estaban confinados era larga y estrecha, con dos motores que funcionaron hasta el atardecer, momento en que se quedaron sin combustible. La madera, podrida, crujía y se resentía por el continuo chocar de las olas.







Cuando caía la noche y comenzaba el frío, los desdichados pasajeros, casi por instinto, se juntaban para mantener el calor y a la vez alejarse de los excrementos que se iban depositando en la proa. Nadie se levantaba para hacer sus necesidades, ya que temían que al hacerlo la barca se virase otra vez.







Poco a poco todos se fueron quedando dormidos. Todos menos Touba Dibangui que, al hacerlo, temía no volver a despertar, vencido por el hambre o por ahogamiento en caso de que la barca volviere a volcar.





Touba ya podía oír los ronquidos de muchos compañeros de viaje y el sonido del masticar de otros que se comían a escondidas el cuero de sus gastadas sandalias. Mientras todos dormían, él no podía parar de recordar lo que había vivido desde que zarparon de algún lugar cercano a Saint-Louis.





En el primer día de viaje no hubo contratiempos y creyó que llegaría a salvo a su destino. Tenían muchas botellas de agua, comida y un GPS que los guiaba hacia Canarias. Poco a poco la situación fue cambiando; en el segundo y tercer días de travesía la barca se viró tres veces y cada vez que lograban estabilizarla subían menos personas a bordo. Al principio eran cuarenta y cuatro, ahora quedaban treinta y dos. La comida se agotó al cuarto día y el agua poco después. Al día siguiente murieron tres personas de hambre, que inmediatamente, y después de unas oraciones, fueron arrojadas por la borda. La suerte los abandonó definitivamente al sexto día cuando el GPS, su única referencia para guiarse en el inmenso océano, cayó al agua.







–¿Estás despierto?– dijo alguien que se encontraba cerca.

–Sí, ¿dónde estás?– contestó Touba.

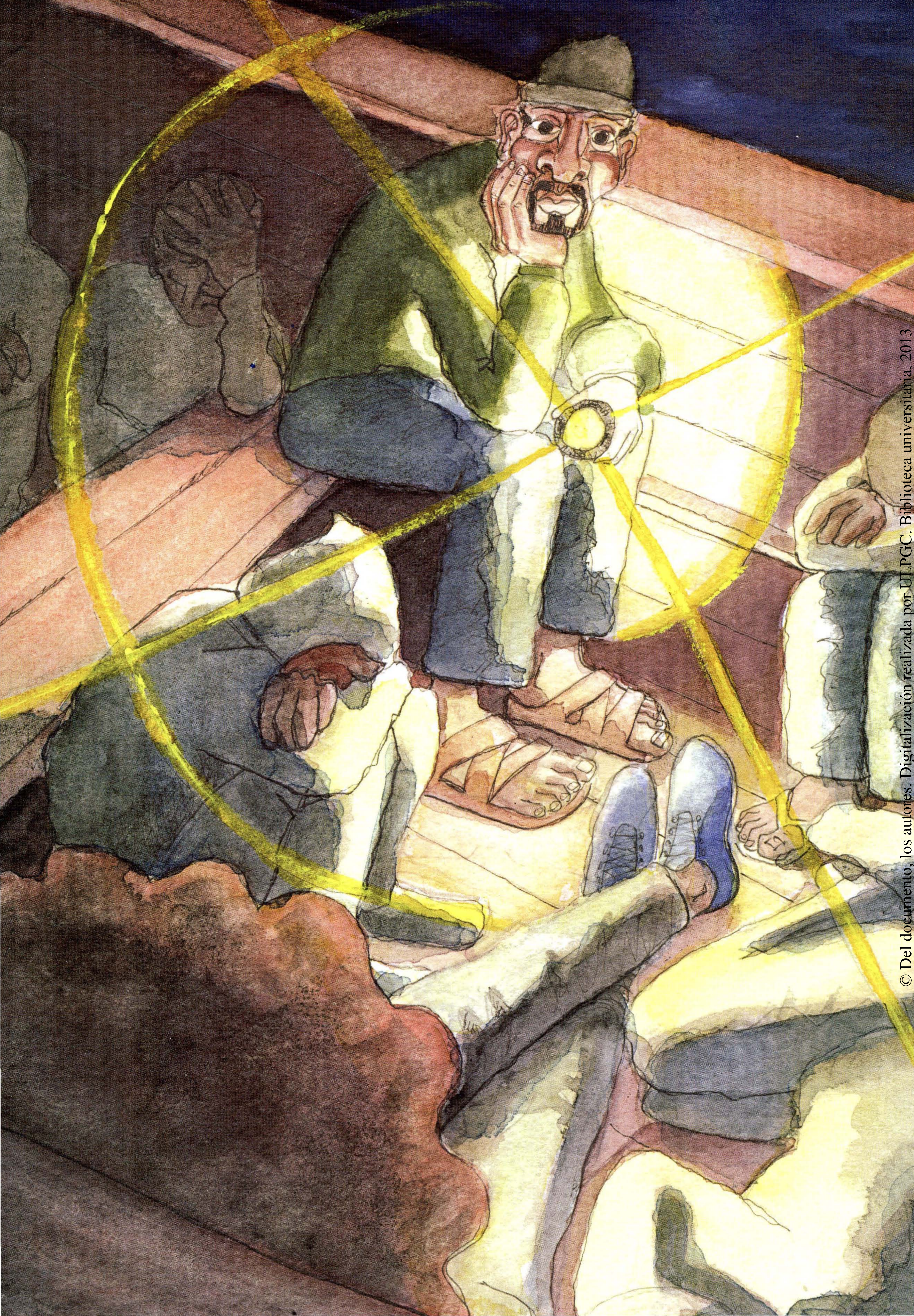
A su izquierda alguien sacó una pequeña linterna para que Touba pudiera localizarlo en la oscuridad.

–¿Me ves ahora?– dijo de nuevo la voz.

–Sí, ¿quieres algo?– volvió a preguntar.

El otro compañero rió. Touba no recordaba que nadie riera en muchos días.













–No, no quiero nada. Es que yo tampoco puedo dormir, y como vi que estabas despierto...

–¿Quieres uno?– dijo de nuevo su compañero, a la vez que le enseñaba un cigarrillo.

Touba lo vio y no pudo resistirse a decir que no.

–A mí me calma el hambre, espero que a ti también– sugirió el otro.

–Por cierto, ¿cómo te llamas?– volvió a preguntar.

–Touba, Touba Dibangui.

–Encantado, Touba, yo soy Vieux Samaté.



–Creo que todos los que estamos aquí somos de Senegal– dijo Vieux convencido.

Touba no respondió a esa afirmación, aunque él también pensaba que todos los que estaban allí eran senegaleses como él. No le extrañaba tanto las posibles nacionalidades de los pasajeros, como aquel hombre que le hablaba. Parecía poco afectado por el hambre, la sed, el frío, el agua, los días a la deriva... Es más, parecía animado.

–Oye, ¿te puedo preguntar algo?– dijo Vieux.

Touba rió por lo que había dicho. En ese momento él también recordó que hacía mucho que él tampoco reía.

–Claro, ya me has hecho varias preguntas, creo que aguantaré otras cuantas.

–¿Por qué quieres ir hasta Canarias?

No se imaginaba esa pregunta; creía que sería una pregunta sin importancia, como las anteriores. Pasados unos segundos contestó:

–Me imagino que por lo mismo por lo que estamos todos aquí, para encontrar trabajo, ganar dinero, prosperar... Bueno, también me gustaría casarme con una europea.

Vieux Samaté rió y dijo:







–Ya, a mí también me gustaría casarme con alguna europea, a ser posible española.

Ambos hacían pausas entre cada pregunta y cada respuesta para soltar por la nariz o la boca el humo de sus cigarros. Un humo gris que contrastaba con la oscuridad de la noche y que, en pocos segundos, era arrastrado por la fuerte brisa.



SONIA & TOUBA  
FLORISTERÍA

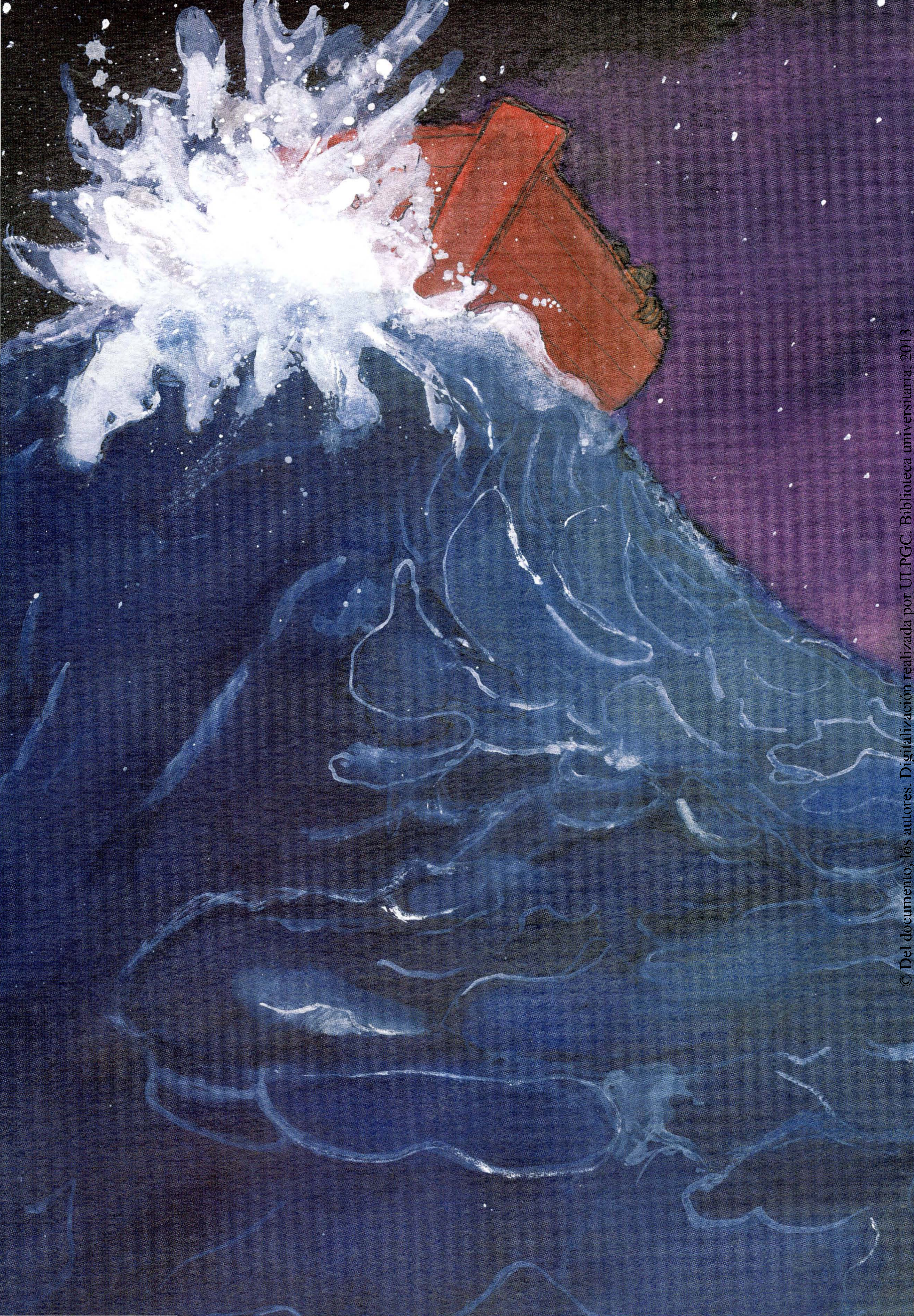




Touba quería hacerle la misma pregunta: por qué quería irse de su tierra. Suponía que por lo mismo que él y que todos, por la falta de trabajo: el hambre, la enfermedad... Pero estaba indeciso y no sabía si preguntárselo.

Finalmente se decidió, se lo iba a preguntar, pero de repente una ola de un tamaño considerable chocó contra la barca por estribor y casi la hace volcar. Los que dormían se despertaron y, asustados, se agarraron a lo que pudieron y oraron para que no virase. Por suerte, la embarcación resistió el envite de la ola.







Nadie se había dado cuenta hasta ese momento, pero poco a poco el oleaje aumentaba y el viento era cada vez más fuerte. Eso no impidió que muchos siguieran durmiendo, ya que estaban muy agotados; otros permanecían vigilantes por miedo a la llegada de otra ola, Touba y Vieux, al no poder dormir, siguieron hablando:







–¿Qué harás cuando hayas encontrado trabajo y tengas dinero suficiente?– le preguntó Vieux.

–Estoy seguro de que no quiero volver a Senegal, por lo menos durante una buena temporada, y hasta que vuelva les seguiré enviando dinero a mis padres. No quiero volver y ver que no ha cambiado nada. Prefiero esperar.

–Y tú, ¿qué harás?

–Todo lo contrario que tú; cuando tenga mucho dinero me compraré un coche y lo llevaré a Senegal y con el resto compraré una casa y tierras. ¡Ah! Se me olvidaba, también traeré a mi mujer de Europa.

Los dos volvieron a reír, pero Touba quería hacerle una pregunta que le inquietaba:

–Todo lo que hemos dicho está muy bien, pero ¿crees que realmente conseguiremos llegar a Canarias?

Hasta que Vieux contestó pasaron unos diez segundos de silencio que solo era interrumpido por el viento, las olas y los ronquidos.

–Si tengo esperanza de conseguir todo lo que te he dicho, también la tengo en que lograremos llegar.







–Solo nos queda la esperanza– dijo de forma ausente Touba. Ninguno de los dos volvió a hablar. Touba Dibanguí seguía sin poder dormir, pero su reciente amigo ya había empezado a roncar. Recordó la conversación que acababa de mantener. Ambos habían respondido lo que querían conseguir cuando llegasen a Canarias que era, al fin y al cabo, parte de Europa. Sin embargo no se habían preguntado de qué huían.

Touba Dibanguí empezó a recorrer con la vista a todos sus compañeros de viaje. Los veía cansados, sedientos e impotentes al no poder beber agua estando rodeados de ella; los veía empapados, hambrientos, sin esperanzas de sobrevivir... Los veía como él. Sabía que todos tenían amigos, familiares e ilusiones en Senegal, todos ellos no sabían lo que se encontrarían cuando llegasen a Canarias –si llegaban–, pero el mismo Touba y los demás sabían lo que les esperaba en Senegal si se quedaban.







Todos ellos sabían que pese a la estabilidad política del país, de la que muchos aún recelaban, todavía faltaba mucho tiempo para que las cosas en Senegal cambiaran. Estaban cansados de que la agricultura no les diera lo suficiente para comer, aunque la pesca sí, pero no para quienes lo necesitaban, y de un desempleo crónico que los obligaba a tomar decisiones como esa. Por todo eso huían atravesando el océano hasta llegar a unas islas que esperaban que los acogieran y de las que no sabían ni sus nombres; solo les interesaba que era Europa, y eso significaba no pasar hambre.







Las pocas botellas de plástico que tenían para achicar el agua no bastaban.












A painting depicting a man in a red shirt floating in turbulent, churning blue and white waves. The man's face is pale and his eyes are closed, suggesting a state of unconsciousness or death. The brushstrokes are thick and expressive, capturing the chaotic and violent nature of the sea. The overall mood is one of despair and helplessness.

—¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme, por favor!

—¡No quiero morir!

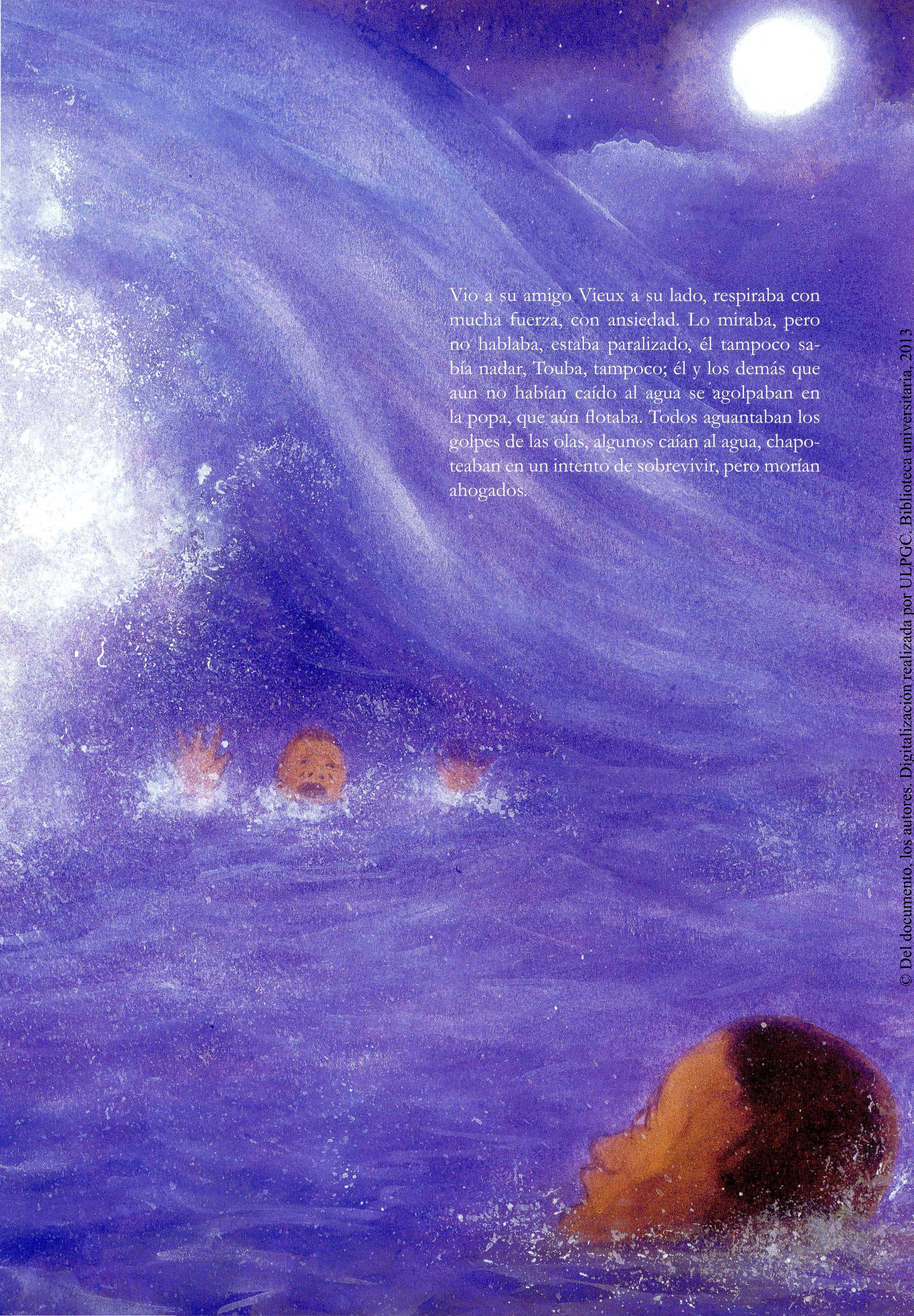
Touba Dibangui se despertó sobresaltado, no sabía cuándo se había quedado dormido. Enseguida reaccionó y miró a su alrededor, horrorizado.

La embarcación se estaba hundiendo por el intenso oleaje. Todos tenían mucho miedo, casi nadie sabía nadar.








A painting depicting a dramatic scene on a stormy sea at night. The sky is a deep, dark blue, punctuated by a bright, glowing full moon in the upper right corner. The sea is turbulent, with white-capped waves crashing. In the foreground, a large, dark, rounded shape, possibly a person's head or a piece of debris, is partially submerged. In the middle ground, three figures are struggling in the water. One figure's head is visible above the surface, looking towards the viewer with a distressed expression. To the left, a hand is raised above the water. To the right, another figure's head is visible, also appearing to be in trouble. The overall mood is one of intense danger and survival.

Vio a su amigo Vieux a su lado, respiraba con mucha fuerza, con ansiedad. Lo miraba, pero no hablaba, estaba paralizado, él tampoco sabía nadar, Touba, tampoco; él y los demás que aún no habían caído al agua se agolpaban en la popa, que aún flotaba. Todos aguantaban los golpes de las olas, algunos caían al agua, chapoteaban en un intento de sobrevivir, pero morían ahogados.









La luna iluminó una enorme ola que se acercaba hacia ellos; todos se agarraron a lo que aún flotaba de la embarcación. Touba Dibangui la vio y apesadumbrado y vencido por el océano, supo que sus sueños e ilusiones, y las de todos, quedarían esa noche ocultos bajo el mar.



Este relato de Daniel Delisau Suárez, alumno del I.E.S. Pérez Galdós, fue Premio Pluma de Oro 2007, en la modalidad de los diecisiete a los diecinueve años, del “PRIMER ENCUENTRO EUROPEO DE JÓVENES LECTORES-ESCRITORES”, de la Sociedad Canaria Elio Antonio de Nebrija (SOCAEAN).

Las ilustraciones de esta publicación son una selección de los proyectos finales del alumnado del Ciclo Formativo de Ilustración de la Escuela de Arte “Fernando Estévez” realizados en el curso 2007-2008.





**Gobierno de Canarias**  
Consejería de Educación,  
Universidades, Cultura y Deportes